



EDICIONES
CASIOPEA



SI SUPIERA
QUE ESTÁS AHÍ

AMELIA DE DIOS ROMERO

SI SUPIERA QUE ESTÁS AHÍ

AMELIA DE DIOS ROMERO



EDICIONES
CASIOPEA

SI SUPIERA QUE ESTÁS AHÍ
© Amelia de Dios Romero, 2019
© De esta edición: Ediciones Casiopea

ISBN: 978-84-120504-3-1

Foto de cubierta: Sergey Pesterev
Diseño de cubierta: Anuska Romero y Karen Behr

Maquetación: Carlos Venegas
Impreso en España
Reservados todos los derechos

ÍNDICE

- Capítulo 1 - Nueva York
- Capítulo 2 - Campo de refugiados de Dadaab (Kenia)
- Capítulo 3 - Somalia
- Capítulo 4 - Campo de refugiados, Dadaab
- Capítulo 5 - Nueva Jersey
- Capítulo 6 - Somalia
- Capítulo 7 - Algún lugar al norte de Mogadiscio
- Capítulo 8 - Campo de Refugiados, Dadaab
- Capítulo 9 - Somalia
- Capítulo 10 - Campo de Refugiados, Dadaab
- Capítulo 11 - Fortaleza en las afueras de Hobuale, Somalia
- Capítulo 12 - Fortaleza de Bashir Samatar
- Capítulo 13 - Campo de refugiados, Dadaab
- Capítulo 14 - Fortaleza de Bashir Samatar
- Capítulo 15 - Campo de refugiados, Dadaab
- Capítulo 16 - Fortaleza de Bashir Samatar
- Capítulo 17 - Campo de refugiados, Dadaab
- Capítulo 18 - Sídney, Australia
- Capítulo 19 - Fortaleza de Bashir Samatar
- Capítulo 20 - Campo de refugiados, Dadaab
- Capítulo 21 - Fortaleza de Bashir Samatar
- Capítulo 22 - Campo de refugiados de Dadaab
- Capítulo 23 - Fortaleza de Bashir Samatar
- Capítulo 24 - Nairobi, Kenia
- Capítulo 25 - Fortaleza de Bashir Samatar

Capítulo 26 - Isla frente a las costas de Kenia

Capítulo 27 - Fortaleza de Bashir, 2016

Capítulo 28 - Nueva York, en la actualidad

Nadifa

Agradecimientos

A mi padre, ya no estás, pero sé que sigues ahí.

A mi madre, quédate muchos años más.

Algún lugar cerca de la frontera entre Kenia y Somalia. 2011

Las alarmas interiores de Vera se pusieron en estado de alerta en el preciso instante en el que el *jeep* en el que viajaba aminoró su marcha. Miró a Lisbet y a Jensen, los dos enfermeros noruegos que hasta hacía un rato habían estado bromeando con Abdi sobre la brusquedad de su conducción, y lo que vio en sus expresiones no le gustó. Siguiendo sus miradas se fijó en la columna de humo negro que se alzaba amenazadora a lo lejos.

Vera ignoró la sensación que se le estaba formando en la boca del estómago. Cuando tomaba una decisión, no permitía que nada ni nadie se interpusiesen en su camino, y eso incluía aprensiones y miedos injustificados. Por eso, a pesar del cansancio y las advertencias del personal de la ONG, no había dudado ni un segundo en imponer su presencia y la de Max, el fotógrafo que la acompañaba, en el *jeep* que se preparaba para llevar aprovisionamiento al equipo médico que, desde hacía dos días, estaba atendiendo heridos en un poblado a unos cien kilómetros del campo de refugiados.

—No es una buena idea. En aquella zona, no podemos garantizar vuestra seguridad y ni siquiera sabemos lo que os vais a encontrar —le había advertido Samuel Mathews, el jefe de operaciones de la organización.

—Te recuerdo que si hemos venido desde Nueva York es para comprobar personalmente los avances del proyecto que estamos financiando. —Vera había sido tajante en su respuesta, dejando claro que no estaba dispuesta a discutir. Después añadió con un tono algo más conciliador—: Poder fotografiar a los equipos médicos en plena acción es una oportunidad inesperada. Mi cliente necesita darse cuenta de que aquí no estamos hablando de ayudas burocráticas, sino de salvar vidas. Si tus equipos pueden asumir el

riesgo de hacer su trabajo, nosotros también —concluyó, omitiendo el hecho de que se moría de ganas de volver a ver a Sandro, el médico que dirigía el equipo al que había que reabastecer. Vera había llegado con dos días de adelanto y quería darle la sorpresa cuanto antes.

Durante la primera parte del trayecto, la conversación fue fluida y Vera pudo hacerse una idea bastante precisa del funcionamiento cotidiano de la organización. Mientras tanto, Max se dedicaba a fotografiar lo que para ella no era más que un monótono paisaje de tierra amarilla. Sobre la ruta polvorienta iban quedando atrás familias enteras que se dirigían extenuadas hasta el campo de refugiados. Aquel lugar se convertiría en su hogar provisional durante un periodo de tiempo indeterminado: hombres llevando a cuestas sus escasas pertenencias, niños escuálidos arrastrando sus pies descalzos, mujeres vistiendo túnicas largas y velos variopintos, bebés atados a sus vientres o a sus espaldas...

A medida que el *jeep* se aproximaba a la frontera con Somalia, la tensión fue en aumento y pesados periodos de silencio se fueron intercalando en la conversación. Abdi, el conductor, les explicó que aunque el poblado al que se dirigían estaba en territorio keniano, aquella zona sufría a menudo incursiones de rebeldes somalíes, por lo que debían estar atentos a cualquier señal de peligro.

Con la mirada fija en aquella columna de humo negro, alrededor de la cual se podía distinguir la aldea a la que se dirigían, Vera empezó a arrepentirse de su decisión. Quizás hubiese sido más prudente esperar tranquilamente a que Sandro regresara al campo de refugiados para darle la sorpresa.

El olor a caucho quemado fue haciéndose más fuerte conforme iban superando la distancia que los separaba de su destino. Vera trató de convencerse a sí misma de que aquel humo no era una señal demasiado

alarmante. Estaban en la frontera con un país en guerra y quemar neumáticos no tenía nada de extraordinario. Pero su optimismo forzado se esfumó tan pronto como descubrieron el camión de la ONG, volcado y sin ruedas a la entrada del poblado.

Como siempre, en situaciones de crisis, el autocontrol que constituía uno de los rasgos más característicos de la personalidad de Vera, y que muchos tachaban de frialdad, entró en juego permitiéndole disimular su nerviosismo, analizar las cosas con calma y tratar de anticiparse a los hechos. Para ella, prepararse para lo peor era mucho más natural que alimentar falsas esperanzas y, en esos momentos, prepararse para lo peor quería decir contemplar la posibilidad de que a Sandro le hubiese ocurrido algo malo.

Detuvieron el *jeep* y, al apagar su motor, un silencio sepulcral lo invadió todo. Los cinco se bajaron del vehículo y empezaron a recorrer lentamente aquel poblado fantasma formado por unas cuantas casuchas destartadas. El estado de desorden generalizado dejaba constancia del saqueo que había tenido lugar no mucho tiempo antes de su llegada.

Una mancha rojiza y viscosa sobre la tierra reseca llamó la atención de Vera. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que había otras manchas similares esparcidas por todas partes.

«Sangre —pensó—, tanta sangre y sin embargo, ningún cuerpo...».

Hasta ese momento, Vera había tratado inconscientemente de ignorar el olor nauseabundo que, mezclado con el de goma quemada, lo impregnaba todo. Continuar negando lo evidente para no sacar conclusiones se hacía cada vez más difícil: el silencio, los signos de una matanza, la ausencia de cadáveres... Aunque no lo había experimentado antes, supo que aquel hedor insoportable era carne quemada.

Siguió avanzando como una autómatas a través del caos, sin percatarse

realmente de la presencia de los otros a su lado...

...hasta que detrás de una choza encontraron la hoguera...

Nadie dijo nada. Nadie dio la voz de alarma. Se quedaron petrificados observando aquel amasijo de formas oscuras apiladas entre los neumáticos quemados. Ya no quedaban llamas, solamente un humo abundante y oscuro.

Mientras Vera trataba de asimilar lo que veía, el tiempo se detuvo. Sin consentir que su rostro delatase el horror que sentía, se hizo a un lado para no estorbar. A su alrededor, el *shock* inicial dejó paso a una actividad frenética que observó impasible sin tratar de comprender: llamadas a la base, intervención de las autoridades, llegada de responsables de las Naciones Unidas y de la ONG, levantamiento de los restos...

Varios objetos encontrados en la pira hacían pensar que los miembros de la organización yacían entre los cadáveres carbonizados e irreconocibles. El sollozo ahogado de Lisbet sacó a Vera de su ensimismamiento. Habían encontrado el crucifijo que Sandro llevaba siempre colgado al cuello...

—Puede ser que te cueste creerlo, pero estamos desnudos, haciendo el amor, veo tu crucecita y pienso en mi devota abuela. —La risa franca de Sandro le retumbó en los oídos.

Vera sacudió la cabeza para apartar aquel recuerdo tan fuera de lugar. Un sentimiento de soledad absoluta la envolvió. No era la primera vez que se sentía de aquella manera; ya le ocurrió al morir su madre. Estaba segura de que tampoco sería la última; no si seguía permitiendo que otras personas se acercasen a ella lo suficiente...

«La gente que me importa siempre me deja ¿por qué sería diferente esta vez?», pensó con amargura.

Desde el momento en el que dejó que Sandro Vitali entrara en su vida,

temió que terminase por abandonarla. Y, con ese temor en mente, intentó prepararse para el vacío que dejaría cuando se fuera, cuando ambos aceptasen definitivamente que sus vidas eran incompatibles... Tuvo claro que llegaría el momento en que Sandro sopesaría sus sentimientos y se daría cuenta de que no merecía la pena luchar por ella...

Ninguno de los escenarios que había imaginado la preparaba para lo que estaba ocurriendo. Su relación terminaría por falta de amor y no porque Sandro fuese ejecutado por la guerrilla...

Se humedeció los labios y saboreó el gusto salado de las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

«No estoy llorando —se dijo—. Por supuesto que no. Es este maldito humo que me irrita los ojos. Es normal que tanta barbarie me esté afectando. No le desearía este final ni a mi peor enemigo y me estaba encariñando con Sandro. Nadie merece morir de esta manera, ni siquiera alguien cuyo altruismo terminaría por costarle la vida».

Durante todo el camino de vuelta a Dadaab, Vera siguió mintiéndose a sí misma sobre sus verdaderos sentimientos y tratando de convencerse de que no estaba destrozada.

CAPÍTULO 1

NUEVA YORK

Nueve meses antes de la matanza, Sandro Vitali fue a Nueva York para intentar sensibilizar a la opinión pública y a los benefactores potenciales sobre la situación desesperada que se estaba viviendo en el Cuerno de África, donde los conflictos armados y la persistente sequía estaban provocando un éxodo de refugiados sin precedentes. Aunque las Naciones Unidas y la treintena de agencias humanitarias desplazadas en la región hacían lo que podían, los medios de los que disponían no eran suficientes ni siquiera para responder al flujo constante de personas que llegaba cada día a unos campos de refugiados cuya capacidad máxima había sido sobrepasada mucho tiempo atrás.

Sue Chan, la responsable de comunicación de la ONG para la que trabajaba Sandro, llevaba preparando este viaje desde hacía meses. Lograr que los medios se interesasen por los temas humanitarios era difícil y hasta el momento, lo único que había conseguido era que Sandro participase en un par de entrevistas de radio y coloquios sin mayor trascendencia, lo que lamentablemente había tenido muy poca influencia sobre la opinión pública. Sue tenía la esperanza de que la conferencia de prensa de hoy, seguida por el

cóctel al que habían sido invitados un gran número de financiadores de la causa humanitaria, cambiaría la tendencia y los ayudaría a conseguir los apoyos que necesitaban.

—Sue, espero que tengas razón y que todo este tinglado, que por cierto nos debe de estar costando un huevo y yema y media del otro, nos sirva para algo —protestó Sandro, al tiempo que se peleaba con el nudo de la corbata—. Parece que se os olvida que soy médico y no bufón de palacio. Debería estar en África tratando de salvar vidas y no en Nueva York montando un circo para que una pandilla de periodistas comodones y magnates desalmados se dignen, tal vez, a hacer algo para evitar lo que se avecina.

—No te lo tomes así. Sé que es difícil de aceptar pero este circo, como tú lo llamas, forma parte de los gajes del oficio. Te pasas la vida quejándote de que os faltan recursos sobre el terreno y dándonos la tabarra con todo lo que se podría mejorar si contaseis con más material, fondos, personal... —Sue se acercó a su colega y amigo y, mientras que con cariño le enderezaba el nudo de la corbata, añadió—: Lo único que te pedimos es que hagas justamente eso, que te quejes y les expliques lo que representaría su apoyo.

Sue era consciente de que la paciencia de Sandro se estaba agotando, especialmente en lo que se refería a los medios de comunicación que, según él, eran en gran parte responsables de que los filántropos y el público en general no estuviesen al corriente de la magnitud de aquella tragedia. Sin embargo, Sue tenía que hacerle entender que atraer la atención y conquistar a esos medios que él tanto despreciaba era crucial y requería insistencia y grandes dosis de paciencia. De nada servía quejarse de la poca cobertura mediática de la situación en Somalia; para las personas encargadas de seleccionar las noticias ya se había hablado suficientemente de la región cuando piratas somalíes secuestraron el buque petrolero Sirius Star a finales de 2008 y el carguero Maersk Alabama en 2009. Dado que todo aquel caos se

eternizaba desde hacía años, y que nada parecía indicar que se resolvería en breve, no era ilógico que muchos prefiriesen esperar a retomar el tema cuando Angelina Jolie o cualquier otro famoso viajase a la región.

Sue conocía personalmente a un montón de periodistas y magnates de la comunicación que estaban interesados en colaborar con la causa, y lo harían si Sandro resultaba convincente en su presentación.

Del resto, de esos que tan solo buscan sensacionalismo y ven en las tragedias humanas una oportunidad para aumentar su parte de audiencia, prefería que Sandro no supiese nada. Desde luego, no tenía intención de repetirle lo que su antigua compañera de universidad, hoy presentadora de uno de los telediarios de más audiencia, le había explicado sin rubor:

—Querida, me encantaría ayudar, pero lamentablemente entre el terremoto de Haití y las inundaciones en el sudeste asiático ya hemos superado con creces el cupo que dedicamos en nuestra programación a las crisis humanitarias. Las dos tragedias han generado imágenes lo suficientemente impactantes como para ilustrar nuestros reportajes, conmover a nuestros telespectadores y animarlos a hacer donaciones. Debes comprender que no podemos avasallar al público con tanto drama o terminarían por volverse insensibles al dolor ajeno.

Incluso sabiendo que tanta estupidez no representaba, ni mucho menos, la opinión de la totalidad de la profesión, la indiferencia de su antigua compañera había conseguido ponerla de mal humor durante días. No quería ni imaginar cómo habría reaccionado Sandro si hubiese sido testigo de aquella conversación.

Entre los asistentes al evento, se encontraba Vera Durán, directora de una agencia especializada en comunicación de crisis y gestión de la reputación corporativa. Había aceptado la invitación de su amiga Sue porque llevaba



¿Quieres leer más?

Cómpralo en nuestra web o descárgatelo en todas las
plataformas digitales

[SÍ QUIERO](#)